

serva cuanto se quiere, y aun echa hojas nuevas. Entre las semillas, las hay, como la centáurea, que sembradas en una tierra grasa y regadas á menudo, pierden sus propiedades naturales, porque quieren la sequedad, y un terreno árido les conserva toda su virtud. Hay otras, como la mayor parte de las plantas de Arabia, que no pueden ni aun soportar el rocío, y que se enlacian y mueren en cuanto se mojan. ¿Qué extraño, pues, que crezcan en la Luna raíces, semillas y plantas que no necesiten ni de invierno ni de lluvias, y que un aire seco, como el del verano, sea el único que les convenga?

¿Y por qué no ha de ser verosímil que haya en la Luna vientos tibios y suaves, y que el movimiento mismo de su revolucion excite hálitos templados, rocíos y vapores ligeros que se extiendan por todas partes y sean suficientes á la alimentacion de las plantas? ¿La temperatura de este planeta, no es mas bien blanda y húmeda que seca y ardiente? De allí no nos viene ningun efecto de sequedad, sino muchos de humedad, y, si se permite el hablar así, de blandura fecundante, tales como el crecimiento de las plantas, el ablandamiento de las carnes, la alteracion de los vinos, los partos fáciles. Yo no voy sin embargo hasta el punto de atribuir con los Estoicos, el flujo y el reflujo del Océano á la humedad que cae de la Luna.

Hay hombres que viven sin alimento sólido; les basta el simple olor de los manjares. Epiménides lo probaba con su ejemplo, y hacia ver que la naturaleza sostiene á un animal con muy poco alimento, y que él no necesitaba mas que el grueso de una aceituna para ser suficiente su nutrición. De modo que los habitantes de la Luna, si los tiene, deben ser de una constitucion ligera y fáciles de nutrir con los alimentos mas simples.... Como la Luna no se parece en nada á la Tierra, nos cuesta trabajo creer que esté habitada. Por mi parte, pienso que sus habitantes están aun mas sorprendidos que nosotros, cuando perciben á la tierra que les parece como la escoria y el cieno del mundo, al través de tantas nubes, de vapores y de nieblas, que la convierten en una mansion lóbrega y baja y la hacen inmóvil. Se resisten á creer que semejante lugar pueda producir y alimentar animales que tengan movimiento respiracion y calor. Creen ciertamente

que la Tierra es una mansion horrorosa; no dudan que el infierno y el Tártaro estén colocados en otro globo, y que la Luna, igualmente distante de los cielos y de los infiernos, sea la verdadera Tierra.

De cualquier modo que sea, pueden existir en la Luna ciertos habitantes; y los que pretenden que es indispensable que esos seres tengan todo lo que nosotros necesitamos, no han fijado su atencion en las variedades que la naturaleza nos ofrece, y que hacen que los animales difieran aun mas entre sí que los que ellos mismos se diferencian de las sustancias inanimadas.

CYRANO DE BERGERAC

De una lengua universal, por un habitante de uno de los pequeños planetas que giran alrededor del Sol.

Al cabo de algun tiempo de camino, llegué á una barranca donde encontré un hombrecillo, desnudo, descansando en una piedra. No recuerdo si le hablé yo primero, ó si él me interrogó; pero tengo muy fresco en la memoria, como si lo escuchara todavía, que me habló, durante tres horas largas, en una lengua que estoy cierto no haber oído nunca, que no tiene la relacion mas pequeña con ninguna de las de este mundo, y que sin embargo comprendí mas pronto y mas inteligiblemente que la de mi nodriza. Luego que me hube enterado de una cosa tan admirable, me explicó que en las ciencias hay una Verdad, fuera de la cual siempre se dista de lo fácil; que un idioma es tanto mas inferior á la concepcion y de mas difícil inteligencia, cuanto mas se aleja de esa verdad. «Y hasta en la Música, continuó, nunca se encuentra esa Verdad, sin que el alma súbitamente conmovida deje de correr hácia ella ciegame. Nosotros no la vemos, pero sentimos que la Naturaleza la vé; y sin poder comprender el cómo quedamos absortos, no deja de arrebatarnos, pero no podríamos notar en donde está.... Por tanto, si tuviereis su inteligencia, podríamos tratar y comunicar todos vuestros pensamientos á las

bestias, y ellas á vos todos los suyos, porque ese es el lenguaje propio de la Naturaleza, con el cual se hace entender de todos los animales.

« No os admire, pues, la facilidad con que enténdeis el sentido de una lengua que nunca sonó en vuestros oídos. Cuando yo hablo, vuestra alma enuentra en cada una de mis palabras esa Verdad que busca á tientas; y aunque su razon no la entiende, lleva en sí Naturaleza que no podria dejar de comprenderla. »

EL LENGUAJE DE LOS HABITANTES DE LA LUNA.

Cuenta Cyrano que en su viaje á la Luna fué cogido por un charlatan y puesto en espectáculo como una bestia extraña. Él entretenia sus ocios en conversaciones con un demonio que venia á visitarle á su jaula. El siguiente relato es posterior á una de esas conversaciones.

« Hacia algun tiempo que hablábamos, cuando mi charlatan conoció que la concurrencia empezaba á cansarse de mi jerga, que ellos no entendian, y tomaban por un gruñido inarticulado. Volvió con mas ahinco á tirar de mi cuerda para hacerme saltar, hasta que los espectadores, hartos de reir y de asegurar que yo tenia casi tanta inteligencia como las bestias de su país, se retiraron cada cual á su casa.

« Yo dulcificaba la dureza de los malos tratamientos de mi amo con las visitas que me hacia mi oficioso demonio; pues para entretenerme con los que venian á verme, además de que me tenian por un animal de los arraigados en la categoria de los brutos, ni yo sabia su lengua, ni ellos entendian la mia; juzgad asi que proporecion; porque habeis de saber que *solo los dos idiomas son usados en aquel país*: uno que servia á los grandes, y otro que es peculiar del pueblo.

« El de los grandes no es mas que una diferencia de tonos inarticulados con corta diferencia, semejantes á nuestra música, cuando no se unen las palabras al sonido y ciertamente es una invencion á la vez muy útil y muy agradable; porque cuando están cansados de hablar, ó cuando desdeñan prosti-tuir su garganta para este uso, toman un laud ú otro instrumento, del cual se sirven tan bien como de la voz para comunicar sus pensamientos; de modo que algunas veces se encon-

trarán en compañía quince ó veinte, que discutirán un punto de teología, ó las dificultades de un proceso, por medio del concierto mas armonioso con que se pueda regalar el oído.

« El segundo, que está en uso entre el pueblo, se ejecuta por la agitacion de los miembros, pero no como acaso se presume; pues ciertas partes del cuerpo significan un discurso entero. La agitacion de un dedo, por ejemplo, de una mano, de una oreja, de un labio, de un brazo, de un ojo, de un carrillo, formarán, cada cual en particular, una oracion ó un periodo, con todos sus miembros. Otros sirven solo para designar palabras, como una arruga en la frente, los diversos estremecimientos de los músculos, los volvimientos de manos, los sacudimientos de piés, las contorsiones de brazos; de modo que, con la costumbre que tienen de ir desnudos, cuando hablan, sus miembros, habituados á gesticular sus concepciones, se mueven con tal viveza, que no parece un hombre que habla, sino un cuerpo que tiembla. »

DE LA SEPULTURA.

Al ver que llevaban un ataúd forrado de negro, pregunté á un expectador qué significaba aquel convoy semejante á las pompas fúnebres de mi país. Respondiome que aquel malvado, — nombrado en el pueblo con un capirotazo sobre la rodilla derecha — convicto de envidia y de ingratitud, habia muerto el dia anterior, y que el parlamento lo habia conde-nado, hacia mas de veinte años, á morir en su cama, y además á ser enterrado despues de su muerte. Yo me eché á reir de esta contestacion, y preguntándome él por qué: Me admirais, le contesté, diciendo que lo que es un signo de bendicion en nuestro mundo, como la larga vida, una muerte tranquila, una sepultura honrosa, sirve en este de castigo. — ¡Cómo! ¿juzgais que la sepultura es una cosa preciosa? me replicó aquel hombre. Y verdaderamente, ¿podeis concebir algo mas espantoso que un cadáver llevado bajo los gusanos de que rebosa, á merced de los escuerzos que le masean los carrillos, la peste, en fin, revestido del cuerpo de un hombre? ¡Gran Dios! la sola idea de tener, aunque muerto, la cara envuelta en un paño y sobre la boca una palada de tierra, me impide el respirar. Ese miserable que veis llevar, además de la infamia

de ser arrojado á una hoya, ha sido condenado á ser acompañado en su convoy por ciento cincuenta amigos suyos, con orden á estos, en pena de haber amado á un envidioso é ingrato, de concurrir á sus funerales con un semblante triste; y si los jueces no se hubieran apiadado, imputando en parte sus crímenes á su escaso entendimiento, hubieran ordenado el llanto. Fuera de los criminales, aquí se quema á todo el mundo; esta es una costumbre muy decente y racional; pues nosotros creemos que, habiendo separado el fuego lo puro de lo impuro, su calor se reúne por simpatía á ese calor natural que constituyó el alma, y le presta fuerza para elevarse constantemente, subiendo hasta algun astro. Tierra de ciertos pueblos mas inateriales que nosotros y mas intelectuales, porque su temperamento debe corresponder y participar de la pureza del globo que habitan. »

JUICIO RELATIVO Á LA PLURALIDAD DE MUNDOS

(ALUSION INGENIOSA AL RECIENTE PRECESO DE GALILEO.)

En presencia de un gran número de cortesanos fui interrogado sobre algunos puntos de física, y mis respuestas, á lo que creo, gustaron á uno de ellos, porque el que presidia me expuso muy extensamente sus opiniones acerca de la estructura del mundo: me parecieron ingeniosas, y si no pasara á su origen, que sostenia ser eterno, hubiera encontrado su filosofía bastante mas racional que la nuestra. Mas tan pronto como le vi sostener un delirio tan contrario á lo que la Fé nos enseña, rompí con él, y esto provocó su risa; entonces me vi obligado á decirle que, puesto que lo tomaba así, empezaba á creer de nuevo que su mundo no era mas que una Luna. — ¿Pero, me contestaron todos, no veis en él tierras, rios y mares? ¿qué sería, pues, todo esto? — No importa, repliqué; Aristóteles asegura que no es mas que la Luna, y si vosotros hubierais dicho lo contrario en las clases donde yo he hecho mis estudios, os hubieran silbado. Hubo con esto una gran explosion de risa. No hay que preguntar si fué de su ignorancia; pero sin embargo, se me volvió á llevar á mi jaula.

« Pero otros sábios mas intolerantes que los primeros, no-

ticiosos de que habia osado decir que la Luna de donde yo procedia era un mundo, y que su mundo no era mas que una Luna, creyeron que esto les proporcionaba un pretexto bastante para hacerme condenar al agua: es el modo de exterminar á los impíos. Al efecto fueron en corporacion á presentar sus quejas al rey que les prometió justicia, y mandó que yo volviese al banquillo.

Cuando trataba de defender mi causa, me hallé absuelto por una aventura que os va á sorprender. Un hombre, que habia tenido gran dificultad en atravesar el gentio, fué á echarse á los piés del rey, y se arrastró largo tiempo de espaldas en su presencia. Este modo de obrar no me sorprendió porque sabia que era esta la postura que tomaban cuando querian hablar en público. Yo me tragué buenamente mi arenga: véase la que el otro nos pronunció.

« Justos, escuchadme. No podeis condenar á ese hombre, mono ó papagayo, por haber dicho que la Luna es un mundo del cual él procede; porque si es hombre, aun cuando no hubiese venido de la Luna, siendo todo hombre libre, ¿no será libre tambien para imaginar cuanto le plazca? ¿Qué! ¿podeis obligarle á tener vuestras visiones? Le precisariais, es cierto, á decir que la Luna no es mundo, pero él sin embargo no lo creará; porque, para creer alguna cosa, es preciso que se presenten á su imaginacion ciertas posibilidades mayores para el sí que para el no; á no ser que le suministréis ese verosímil, ó que venga por sí mismo á ofrecerse á su espíritu, os dirá que cree, pero no por eso creará.

» ¿Tendré que probaros ahora que no debe ser condenado si le colocais en la categoría de las bestias? Porque, suponiendo que sea animal sin razon, ¿la tendriais vosotros mismos al acusarle de haber pecado contra ella? Ha dicho que la Luna es un mundo; pues bien, las bestias solo obran por un instinto de la Naturaleza; por consiguiente, la Naturaleza, y no él, es quien lo dice. Creer que esta sabía Naturaleza, que ha hecho el Mundo y la Luna, no sepa ella misma lo que son, y que vosotros, que no teneis mas conocimiento que el que ella os ha dado, lo hayais de saber con certeza, fuera bien ridiculo. Pero, aun cuando la pasión os hiciese renunciar á vuestros principios, y supusiérais que la Naturaleza no guiaba á las bestias, avergonzaos, cuando ménos, de las inquietudes

que os ocasionan los caprichos de una bestia. En verdad, señores, si encontraseis un hombre de edad madura, que atendiese á la policía de un hormiguero, para dar, tan pronto un bofetón á la hormiga que hubiera hecho caer á su compañera, tan pronto para prender á una que hubiese robado un grano de trigo á su vecina, ¿no lo consideraríais insensato por ocuparse de cosas demasiado nimias? ¿Cómo, pues, venerable asamblea, sostendréis el interés que atribuis á los caprichos de este pequeño animal? Justos, he dicho. »

Tan pronto como hubo acabado, una especie de música de aplausos hizo retumbar toda la sala; y despues de que todas las opiniones se hubieron debatido un largo cuarto de hora, el rey pronuntó:

« Que en adelante seré reputado como hombre, y como tal puesto en libertad, y que la pena de ser ahogado sería conmutada por una retractacion afrentosa (porque no la hay *honorable* en aquel país), en cuya retractacion habria de decirme públicamente de haber sostenido que la Luna es un mundo, en razon del escándalo que la novedad de esta opinion hubiese podido causar en el alma de los timoratos. »

Pronunciado esta sentencia, se me saca del palacio; se me viste, por ignominia, muy santuosamente; se me conduce sobre la tribuna de un magnífico carricoche, y arrastrando por cuatro príncipes que habian atado al yugo, véase lo que me obligaron á pronunciar en las plazas de la ciudad:

« Pueblo, yo os declaro que esta luna no es una luna, sino un mundo; y que aquel mundo no es un mundo, sino una luna. Esto es lo que el Consejo juzga conveniente que creais. »

FONTENELLE

Conversaciones sobre la Pluralidad de Mundos

(Velada suplementaria.)

Hacia mucho tiempo que la marquesa de G*** y yo no hablábamos de Mundos y hasta empezábamos á olvidar que hubiésemos hablado de ellos alguna vez, cuando fui un dia á su

casa, y entré precisamente en ocasion que salian de ella dos hombres de talento, y bastante conocidos en el mundo.

« Bien veis, me dijo, tan pronto como me vió, que visita acabo de recibir; os confesaré que me ha dejado con algun recelo de que podeis haberme maleado el entendimiento.

— Seria bien glorioso, le respondi, haber tenido tanto poder sobre vos; no creo que pudiera emprenderse nada mas difícil.

— Temo, sin embargo, que lo hayais conseguido, replicó ella. No sé como, la conversacion con esos dos hombres que acaban de salir, recayó sobre los Mundos; quien sabe si habrán provocado este asunto maliciosamente. Yo no me abstuve de decirles en seguida que todos los planetas están habitados. Uno de ellos me contestó que estaba bien persuadido que yo no lo creia; con toda la posible ingenuidad, le sostuve lo que creia; él lo ha tomado siempre como una broma de persona que queria chancearse; y he sospechado, que lo que hacia fuese tan porfiado en no creerme á mi misma sobre mis opiniones, es que me aprecia demasiado para imaginar que sea capaz de tener una opinion tan extravagante. En cuanto al otro que no me aprecia tanto, me ha creído sobre mi palabra. ¿Por qué me habeis imbuido una cosa que las personas que me estiman no pueden creer que yo sostenga con seriedad?

— Pero, señora, le contesté, ¿por qué la sosteneis seriamente con gente que estoy seguro no tomarian parte en ninguna conversacion que fuese un poco grave? ¿Es lícito comprometer así á los habitantes de los planetas? Contentémosnos con ser una pequeña cuadrilla escogida los que creemos eso, y no divulguemos nuestros misterios entre el pueblo.

— ¡Cómo! exclamó; ¿llamais pueblo á los dos que acaban de salir?

— Tienen talento, repliqué yo, pero nunca racionan. Los que discurren, que son gente brusca, los llamarán pueblo sin dificultad. Por otra parte, estas gentes se vengán poniendo en ridiculo á los que racionan; y me parece que es un orden bien establecido que cada especie desprecie aquello de que carece. Si fuese posible, convendria avenirse con todo el mundo; con esos dos hombres que acabais de ver, hubiera sido preferible chancearse sobre los habitantes de los pla-